

EL UNIVERSO DE FERRATER

A la buena memoria de José María.

Para un gran poeta catalán, Agustí Bartra, el exilio (a partir de 1939) tuvo, sobre todo, consecuencias providenciales para su quehacer literario: porque el horizonte «comarcal» de su poesía adquirió, según él, una ampliación fabulosa. De José M.^a Ferrater Mora podría, sin duda alguna, decirse que, en él, «exilio» y «creación» fueron inseparables, aunque en relación algo más compleja de la que apuntaba su compatriota catalán. Un pequeño volumen de ensayos —casi todos escritos en la etapa chilena de su exilio (1941-1947)—, *Una mica de tot*, publicado en Palma de Mallorca (1960, Colección Raixa, núm. 52), permitió a Ferrater precisar qué entendía, tras largos años de expatriación involuntaria, por «desterrado»: «Existe hoy cierto tipo de escritores y pensadores que pueden ser calificados de esencialmente "desterrados"». Añadía Ferrater: «Yo soy un ejemplo de ello». Condición que, desde luego, no deploraba. Porque «no tener ya una lengua "propia" no quiere decir necesariamente no tener ninguna lengua». Al contrario, «puede querer decir tener varias». Lo cual, «en un mundo cada día más universal como el nuestro no es ésta una mala solución» (citado y traducido por el profesor de la Universidad de Girona Josep-Ma. Terricabras, pág. 76 del libro colectivo objeto de esta 'reseña').

Recordemos que Ferrater escribió con notable soltura artículos y libros en sus lenguas natales españolas, así como en inglés y francés. Sin olvidar que al abandonar Cataluña, por el derrumbe de la Segunda

·*Saber leer*, ISSN 0213-6449, No. 84, Abril 1995, pág. 12.

República en 1939, ya podía leer y traducir el alemán, aprendido en forma autodidacta. De ahí que su horizonte intelectual no fuera nada «comarcal», dado, además, que había estudiado, entre 1932 y 1936, en la Facultad de Filosofía y Letras de la muy «nueva» Universidad Autónoma de Barcelona con Joaquín Xirau, entre otros maestros. Aquel clima intelectual universalista lo representaba vívidamente un coetáneo de Ferrater, Eduardo Nicol, para los alumnos de bachillerato que estudiamos filosofía con él, en 1938, en el Instituto Nicolás Salmerón (suprimido en 1939).

Ferrater verificó así lo que, proféticamente, apuntaba el gran poeta peninsular Joan Maragall, al sostener que los españoles que aspiraran a «europeizarse» tenían que adquirir previamente disciplinas intelectualmente fortalecedoras. Ya que, al llegar Ferrater a los Estados Unidos en 1947 —tras una brevísima estancia en La Habana (1939-1941) y seis años de intensa actividad docente y literaria en Santiago de Chile—, vio inmediatamente cuán beneficiosas iban a ser para la continuación de su *Diccionario de filosofía* las bibliotecas universitarias norteamericanas. Señalemos, de paso, que Ferrater disfrutaba de una «beca» (o «fellowship») de la Fundación Guggenheim de Nueva York, que desempeñó (junto con la Fundación Rockefeller) un importante papel en el apoyo institucional a los universitarios y artistas del exilio español.

Una ilustración providencial

Se comprende, por lo tanto, que Ferrater quisiera (tras la renovación de su «beca» en 1948) permanecer en los Estados Unidos, incorporado al profesorado de una universidad norteamericana; lo que logró en 1949, gracias a su admirador entusiasta Pedro Salinas, en Bryn Mawr College (en las cercanías de Filadelfia). Era la institución universitaria verdaderamente providencial para Ferrater, pues tenía un nivel superior al

indicado por el término «college» (o sea, colegio universitario que otorga un llamado «bachillerato», pero que es equivalente a la licenciatura española), ya que confería también el doctorado en ciencias y humanidades. Además, en el caso de Ferrater, el Departamento de Filosofía le había invitado —y no sólo el de Español— a formar parte de su profesorado. Conviene señalar ahora que, en Bryn Mawr, se daba una excepcional importancia al estudio de la historia de la filosofía: todas las «alumnas» —puesto que era una institución exclusivamente femenina— de primer año la tenían como asignatura estrictamente obligatoria. Se explica así que los profesores de filosofía de Bryn Mawr, acogieran a Ferrater como un refuerzo considerable para el desempeño de la función docente recién mencionada.

Recordemos que Ferrater había publicado, estando aún en Chile, la segunda edición del *Diccionario de filosofía* (Atlante, México, 1944), que duplicaba en volumen el de la primera (*ibíd.*, 1941; escrito en La Habana), sin contar aún con los cuantiosos recursos de las bibliotecas norteamericanas. Así, al establecerse Ferrater, en 1949, en el que un gran hispanista francés llamaba el «oasis» de Bryn Mawr, el *Diccionario* creció de año en año, hasta alcanzar, en 1979, las 3.500 páginas de los cuatro tomos de su sexta edición y primera española (Alianza Editorial, Madrid). De ella ha aparecido hace unos meses —4 vols., Ariel Referencia, Barcelona, 1994— la versión actualizada y aumentada, preparada por el profesor Josep-M.^a Terricabras y sus colaboradores de la Cátedra Ferrater Mora de Pensamiento Contemporáneo, Universitat de Girona; tarea admirable por su fidelidad al texto de Ferrater y, en verdad, por el espíritu «ferrateriense» de la tarea actualizadora y ampliadora realizada.

«Prefiero a este *Diccionario* algunos otros escritos míos que estimo más originales, pero no me arrepiento de haber dedicado a él un esfuerzo sostenido», declaraba Ferrater en el prólogo de la edición citada (pág. VIII). Reiterando lo afirmado en la «confesión preliminar» a sus *Obras selectas* (2

vols., Revista de Occidente, 1967), aunque en ésta aludiera más precisamente a su relación como autor con el *Diccionario*: «Es una especie de "universo" del cual no puedo desprenderme sin más, como si fuera un lastre enojoso» (I, página 19). Declaración que muestra, patentemente, la naturaleza «creadora» de la laboriosidad de Ferrater, aunque él atribuyera la amplitud creciente de su «universo» a una clara voluntad historicista: «Lo he hecho no en nombre del eclecticismo, sino en el del rigor y la exactitud de la información» (*Diccionario*, Alianza, 1979, pág. 10). Mas puede verse también (y hasta sobre todo) en el afán universalizador de Ferrater una manifestación de la propia posición filosófica que empezará a denominar «integracionismo» ya en 1965 (como él mismo indica en *Cambio de marcha en filosofía*, Alianza, 1974, págs. 104-111). Filosofía que ha sido descrita por el profesor chileno José Echeverría —en el libro que nos ocupa, capítulo sexto: «El integracionismo de José Ferrater Mora»— como la de «un apaciguador» ante las disputas filosóficas. Esto es, para Ferrater, que «la realidad no radica en los extremos, sino en el "continuo", espectro o campo que los separa» (pág. 108).

De ahí, la aspiración de Ferrater a «integrar ciertas orientaciones filosóficas que parecían contraponerse o marchar cada cual por su lado» (*Cambio de marcha en filosofía*, Alianza, 1974, pág. 104). En suma, se trataría de «integrar» las dos culturas (ciencias, humanidades), cuya supuesta incompatibilidad popularizó C. P. Snow, «ya que esto pone en guardia contra ciertas doctrinas que a fuerza de ser unilaterales acaban por ser dogmáticas» (ibíd., pág. 106). El «universo» de Ferrater es, así, un mundo intelectual de total pluralidad y absoluta convivencia.

Que no sería arbitrario ver ya apuntado en los ensayos políticos de Ferrater agrupados en sus *Cuestiones españolas* (*Jornadas*, El Colegio de México, 1945). Pues el propósito de sus meditaciones de exiliado español no podía ser más «integrador» (y más excepcional entre sus compatriotas

republicanos): «Lo que se trata de hacer ahora es descubrir las efectivas vigencias, lo que puede unir a los españoles en vez de violenta y sangrientamente separarlos» (véase J. Marichal, *Ensayismo hispánico*, Alianza, 1984, pág. 222). Buscaba Ferrater teóricamente cómo conseguir que hubiera «más Españas», o sea la pluralidad de poderes e instituciones que generaran la convivencia de ideas y personas. El ensayo de 1965, «Unidad y pluralidad» —reescrito para sus *Obras selectas* (Revista de Occidente, vol. I, págs. 293-302)—, muestra el hondo sentimiento patriótico (español/catalán) al que se refiere su discípulo argentino Ezequiel de Olaso, que residió un curso entero en Bryn Mawr: Ferrater vivía «con todos los sentidos puestos en España» (*José Ferrater Mora*, pág. 59). Actitud que era inseparable de su «condición» literaria; porque Ferrater era, en primer lugar, un escritor de lengua española o, para decirlo con todas sus letras, un gran escritor español. Que no veía reconocida, añadamos, en España la novedad de su prosa discursiva, lograda por una voluntad de estilo que —«temptat pel dimoni de la precisió i de l'economia extreme» (cit. por Xavier Benguerel, *Memoria d'un exili Xile 1940-1952*, Edicions 62, Barcelona, 1982)— conciliaba, en grado sumo, el rigor con la claridad expositiva. Sí, el universo de Ferrater estaba hecho, sin duda, de palabras españolas (¡y catalanas!) y como escritor —por la gracia del destino y del trabajo— aspiraba a que en él se cumpliera uno de los misterios de este mundo, «menor, humilde, pero infrecuente: escribir bien» (remito al estudio de Josep-M.^a Terricabras en *José Ferrater Mora*, págs. 67-83).

Y para concluir esta breve noticia del libro colectivo recién mencionado, quisiera hacerlo con las palabras de su gran amigo, el novelista catalán Xavier Benguerel: «Un des privilegis amb els quals m'ha gratificat la providència haurà estat el d'arribar a ser amic de l'excepcional

escriptor i filòsof Josep Ferrater Mora» (ibíd, pág. 134). Tal es mi propio sentimiento.